

LA

## DUQUESA DE ANGULEMA

---

Al venir algo tarde y en pos de todos los demas órganos de la publicidad, á tributar á nuestro modo homenaje á una virtud eminente y á un infortunio inmenso, sólo tendremos que repetir más ó ménos lo que ha sido dicho y sentido por todos. Hay no obstante un punto de vista, si tal palabra es permitida en presencia de una figura tan sencilla y verdadera, y la más extraña á toda actitud solemne, hay un punto de vista que será particularmente el nuestro. Todo cambia, todo muere ó se renueva; las razas más antiguas y reverenciadas tienen su fin; las naciones mismas, ántes de caer y concluir, tienen sus modos de ser sucesivas y revisten ciertas formas diversas de gobierno en sus diversas edades. Lo que era religion y fidelidad en un tiempo, no es más que monumento y conmemoracion del pasado en otro; pero, al traves de todo, en tanto que no haya venido la depravacion, hay una cosa que subsiste: la humanidad y los sentimientos naturales que la distinguen, el respeto por la virtud, por la desgracia, sobre todo inmerecida é inocente, la piedad que no es ella misma sino el nombre de la que se tiene para con Dios en tanto que se refiere hácia los infortunios humanos. Hablando de la

señora duquesa de Angulema, nos dirigimos á todos esos sentimientos independientes de toda política, á la parte sensible y duradera de nuestro ser.

El rasgo que domina en esta larga vida de sufrimiento, de martirio desde los tiernos años, y siempre de trastornos y vicisitudes, es una verdad perfecta, una sencillez perfecta, y se puede decir una entera é inalterable uniformidad. Esa recta, justa y noble alma habia adquirido fijeza en todo desde muy temprano, y no vaciló ya despues en ningun momento. Se habia fijado durante los mismos años que son para toda juventud los de la ligereza, de la alegría y de la primera flor, durante esos tres años y cuatro meses de cautividad en el Temple, donde vió morir, uno tras otro, á su padre, su madre, su tia y su hermano. Habia entrado en él ántes de cumplir catorce años y salió el dia en que cumplia diez y siete. Á esta edad no tenía todavía en los rasgos de la fisonomía esas formas marcadas y algo abultadas con que la hemos visto. El retrato que hay de la época en que estuvo en el Temple, un perfil con los cabellos anudados con negligencia, tiene delicadeza en la correccion, nobleza y gravedad sin demasia. Al abrumar su frente, la desgracia no ha impreso todavía esa marca que resaltará sólo algunos años despues y le dará, segun vayan pasando los años, cada vez mayor semejanza con Luis XVI. Pero si á fines de este año 1795 conservaba su exterior alguna cosa de la primera juventud, el alma estaba madura, ya se habia formado y aguerrido. En el fondo mismo, su organizacion tan fuerte y sana habia sido atacada, padecia el hígado y tenía su herida. Este tierno vástago de una raza tan dilatada é ilustre estaba ya herido y seco, quizas hasta en sus futuras ramas. Al salir del Temple, si le es permitido á uno formar concepto de estos misterios del dolor, me parece que la vida como el alma de la Princesa estaba agotada en lo que tenía de más esencial, cerrada por el lado del porvenir: todos sus manantiales y todas sus raíces estaban ya en el pasado. Nuestro corazon, por poca parte que haya tenido un dia en la vida, fija ó refiere nuestra sensibilidad á cierta hora, que es la que oye resonar con gusto cuando entra en sí

mismo ó deja libre á la imaginacion. La señora duquesa de Angulema que no se entregaba á los ensueños y sí á la oracion cuando entraba en sí misma (y sin necesidad de entrar, pues siempre habitaba dentro de sí), oía sonar incesantemente esa misma hora que era la del reloj del Temple y de la agonía de sus padres.

Ella ha contado la historia de su cautividad y de los acontecimientos acaecidos en el Temple desde el dia en que entró hasta el en que murió en él su hermano, el último de las cuatro víctimas inmoladas. Hablemos de ella aquí más de lo que ella misma lo ha hecho.

María Teresa Carlota de Francia, nacida el 19 de diciembre de 1778, era el primer fruto de matrimonio de Luis XVI y de la reina María Antonieta. Hacía ya siete años que la reina estaba casada, cuando un dia dió parte á las personas de su servidumbre de su primera alegría de esposa y de sus futuras esperanzas. Próximamente un año despues dió á luz esta princesa. Si la timidez de Luis XVI cerca de su jóven esposa habia sido hasta entónces extremada, no lo era ménos ahora su pasion, y esta hija, que era el primer fruto de ella, debia ser tambien en gran parte su imágen. La bondad, la rectitud, todas las cualidades sólidas y virtuosas de su padre se trasmitieron directamente al corazon de la Princesa, y María Antonieta, con toda su gracia, no pudo ni siquiera impedir que un poco de esa rudeza de gesto ó de acento que cubria las virtudes de Luis XVI, se deslizase en la naturaleza enteramente franca de su hija. Tambien olvidó trasmitirle lo que las mujeres tienen tan fácilmente, el deseo de agradar y el naciente despertar de una coquetería, aun la más inocente, parece, y la más permitida. La duquesa de Angulema jamas tuvo idea ni sospecha de ella, ó caso de que la pudiera haber tenido un poco en su origen, este poco desapareció enteramente en las pruebas de esa infancia y esa juventud tan oprimidas y desoladas. No es menester cesar de repetirlo para comprender á la señora duquesa de Angulema, todo lo que se llama flor y alegría primera, ese aspecto festivo y encantado bajo el cual se ven naturalmente todas las cosas al entrar en la vida, fué suprimido y marchitado temprano para ella. Su alma apenas se hallaba

en su primera expansion, cuando en seguida fué comprimida y como gastada en sus resortes : resortes sólidos é indestructibles que resistieron y se fortificaron con los golpes, que se templaron en las lágrimas y la oracion; pero que desechaban léjos de ella, como una mentira, todo lo que hubiera sido gracia y ornato. En efecto, para ella que habia llorado verdaderas lágrimas y nunca cesó de derramarlas, hubiera sido realmente una mentira.

Si parece, por su naturaleza, haber recibido más de su padre que de su madre, hay por lo ménos una virtud que recibió de esta y que faltó al pobre Luis XVI para salvarle : quiero decir la firmeza, el valor para obrar en los momentos decisivos. En su vida augusta y solemne, y tan extraña en general á la política, la señora duquesa de Angulema tuvo al ménos una vez, en Burdeos, ocasion de mostrar que poseía ese valor de accion que le venia seguramente de su madre y de su abuela Maria Teresa. Lo mismo en 1830; cuando se reunió con la familia real en Rambouillet, despues de las faltas cometidas, su primera impresion, como en 1815, en Burdeos, hubiera sido combatir y resistir.

Cuando apénas tenia once años comenzó, en las terribles jornadas de octubre de 1789, á representar su papel público al lado de su madre. Le fué menester presentarse en el balcon ó retirarse de él á la voz de un populacho furioso, y en este flujo y reflujo de la tempestad popular, cuyo sentido procuraba adivinar, sólo percibia bien una cosa, la presion de la mano de su madre que la estrechaba contra sí con el frio de la muerte.

Al mismo tiempo, en esa habitacion de las Tullerías, donde la familia real estaba reducida, recibió, tanto de su madre, cada vez más grave, como de su noble tia Elisabeth y de su padre, las lecciones de una instruccion positiva y sólida, y los ejemplos de una religion doméstica inalterable. Era educada dentro de casa como la hija de la más casta y sencilla de las nobles familias, agregándose á esto las continuas angustias y los sobresaltos mortales.

Con ingenua sencillez ha contado ella la fuga del 20 de junio de

1791 y el viaje de Varennes. El rey y la reina se habian decidido por fin á huir, y solamente durante el mismo dia se lo previnieron á Madama Elisabeth. Á las cinco de la tarde, la reina fué á pasearse con sus hijos á Tivoli. La jóven Maria Teresa habia notado que tanto su padre como su madre parecian muy agitados y ocupados desde por la mañana :

« En el paseo, dice, mi madre me cogió aparte, me dijo que no debía inquietarme por nada de lo que viese, que no estaríamos separados largo tiempo y que muy presto nos encontraríamos. Mi entendimiento estaba obtuso, y no comprendí pizca de todo eso : me abrazó y me dijo que si esas damas (las de la servidumbre) me preguntaban por qué estaba yo tan agitada, debia decir que ella me habia regañado y que luego nos habíamos reconciliado. Volvimos de paseo á las siete, y yo me fui muy triste á mi cuarto, sin comprender absolutamente nada de lo que me habia dicho mi madre. »

En esta serie de sobresaltos, de enigmas y pesadillas penosas pasaron para ella los años y el sueño, por lo regular tan ligero, de la infancia.

Al entrar en el Temple ya no habia allí enigma y se rasgó todo el velo. El mundo se presentaba para ella como dividido en dos partes, los buenos y los malos : los malos, es decir, todo lo que la imaginacion humana, en las horas de paz y regularidad social, se atreve apénas á representarse en toda su desnudez, la brutalidad en toda su grosería y bajeza, el vicio y la envidia en toda la innoble embriaguez de su triunfo y en la crueldad de sus refinamientos; los buenos, es decir algunos, conmovidos, llorando, tímidos, suavizando el mal á hurtadillas y escondiéndose.

Para que el tierno corazon de la Princesa no concibiera entónces un odio irreconciliable y un desprecio sin remedio hácia la raza humana, para que conservara su serenidad, su candor, su fe y su esperanza en el bien, fueron menester los divinos ejemplos y los auxilios que encontró en torno suyo, sobre todo en su tia Elisabeth, esa persona celestial; fué menester esa religion precisa, práctica, de la cual nunca tendrá

derecho á sonreirse el descreído, pues ella sola tiene fuerza bastante para sostener y consolar en tales dolores. Un día (20 de abril de 1793) el miserable Hebert, con algunos municipales, llegó á la prision á las diez de la noche; los presos acababan de acostarse :

« Nos levantámos precipitadamente, dice la Princesa. Nos leyeron » un decreto, de la Municipalidad que ordenaba nos registraran á discrecion, lo que hicieron exactamente hasta debajo de los colchones. » Mi pobre hermano estaba durmiendo; le arrancaron de su cama bruscamente para registrar dentro de ella; mi madre le cogió en brazos » yerto de frio. Á mi madre la quitaron las señas de la casa de un » mercader que habia conservado; del cuarto de mi tia se llevaron una » barrita de lacre, y á mí me tomaron un Sagrado Corazon de Jesus » y una oracion para la Francia. Su visita no concluyó hasta las cuatro » de la mañana... Estaban furiosos porque no habian encontrado más » que bagatelas. »

Ese Sagrado Corazon de Jesus y esa oracion para la Francia están más estrechamente unidos de lo que parece, y era menester quizas tener completa fe en el uno para poder en aquel momento rogar por la otra.

Se ha dicho alguna vez que la señora duquesa de Angulema tenia rencor á la Francia, y que al volver en 1814 y en 1815 manifestó involuntariamente esa disposicion en algunas de sus palabras. Pero las personas que mejor la conocieron y son más fidedignas, aseguran que estaba muy léjos de abrigar tal disposicion. Era franca y verdadera, hasta un poco brusca y ruda en su acogida, como su padre. Incapaz de concebir un mal pensamiento, pero tambien de fingir nada, si no queria á una persona, le era imposible decirla y dejarla creer lo contrario. « Era el más leal de los caballeros, me han dicho, y jamas ha mentido. » Quería á sus amigos y perdonaba á sus enemigos; pero en el culto de su raza y de su desgracia, creía en los fieles y en los infieles, en los buenos y en los malos : ¿ puede nadie asombrarse de ello?

La relacion que ella trazó de los sucesos acaecidos en el Temple,

fué escrita en el Temple mismo en los últimos meses de su detencion y cuando ya habia disminuido un poco el extremado rigor. No teme indicar en ella algunos de los oficiales municipales que, estando de guardia por turno, tomaban parte en las aflicciones de la familia real y las hacian más llevaderas con sus miramientos y su sensibilidad :

« En seguida conocíamos con quién teníamos que habérnoslas, » dice, sobre todo mi madre que nos ha preservado várias veces de » que diéramos crédito á falsas demostraciones de interes... Conozco » á todos los que se interesan en favor nuestro; no los nombro, » temiendo comprometerlos en el estado en que se hallan las cosas, pero » su recuerdo está grabado en mi corazon; si no puedo demostrarles » mi reconocimiento, Dios los recompensará; pero si puedo nombrar- » los un dia, serán queridos y estimados por todas las personas virtuosas. »

Esta jóven Princesa que cree naturalmente en el derecho de su raza, quiere expresar con eso que la fidelidad á sus reyes en la desgracia es un deber y una virtud; pero aun cuando no fuera enteramente como ella lo piensa, su expresion recta é ingenua no la ha engañado; dice tambien en esto la verdad, pues lo que quizas no era ya un deber de fidelidad, lo era por lo ménos de humanidad, y cualquiera que haya pasado el umbral del Temple en estos tres años y mostrádose compasivo hácia tales infortunios, merece estimacion, así como quienquiera que haya pasado por allí sin enternecerse ni mostrarse servicial, ha demostrado mala índole.

En esta relacion exacta, metódica, sensata y tierna, la señora duquesa de Angulema da la medida de su razon precoz y de su buen juicio en las cosas del alma. Hace en ella mucha impresion la dignidad que muestra su madre, la cual sólo oponia las más de las veces el silencio á las palabras de todo género que se dirigian á los nobles cautivos : « Mi madre, como de costumbre, no dijo una palabra, escribe la Princesa refiriéndose á una noticia insultante que se les anunciaba, y hasta aparentó no haberlo oido; con frecuencia imponia respeto su calma tan desdeñosa y su actitud tan digna : rara vez osaban

dirigirle la palabra. » Solamente el primer día del proceso de Luis XVI, cuando ve que lo llevan para ser interrogado á la Convencion, sucumbe María Antonieta á su inquietud y rompió su generoso silencio : « Mi madre lo intentó todo cerca de los municipales que la vigilaban para saber lo que pasaba ; esta era la primera vez que se dignaba preguntarlés. » En esta narracion llena de sencillez y que nadie leerá sin lágrimas, hay rasgos que hacen profunda impresion sin que siquiera se sospeche la pluma que escribe. La Princesa tiene malo un pié (de sabañones, causados por el frio), y este mal se complica con otro más interior. En el entre tanto Luis XVI es condenado. Su familia, que había esperado volverle á ver por última vez y abrazarle la mañana misma de su muerte, se halla sumida en la desolacion que se puede concebir :

« Pero nada, escribe la Princesa, era capaz de calmar las angustias de mi madre ; su corazón se habia cerrado completamente á toda esperanza, y le era ya indiferente vivir ó morir. Á veces nos miraba con una lástima que nos hacia estremecer. *Felizmente la pesadumbre aumentó mi mal, lo cual la ocupó.* Hicieron venir á un médico... »

¡*Felizmente!* esta expresión escapada por desuido en esta imagen de dolor causa un efecto extraño que no igualaria una palabra dicha por Bossuet.

Pensando en estas escenas dolorosas del Temple, M. de Chateauriand, á quien no es menester confundir aquí (como se ha hecho con sobrada frecuencia) con Bossuet, ha dicho en *Atala*, por boca del Padre Aubry : « El habitante de la cabaña y el de los palacios, todos sufren y gimen aquí en la tierra ; las reinas han sido vistas llorando como simples mujeres, y ha causado asombro la cantidad de lágrimas que contienen los ojos de los reyes. »

Un poeta popular, aludiendo á esta frase célebre, pero continuando la oposicion entre las clases, ha dicho : « Se han contado las lágrimas de los ojos de los reyes ; pero no las del pueblo, porque son excesivas ! »

Jamas ocurrirá tal idea de oposicion, puedo asegurarlo, al que

acabe de volver á leer la sencilla narracion cristiana y humana de la Real Princesa en el Temple. Todo espíritu de partido se desarma y espira leyéndola, y no hay lugar más que para una compasion y una admiracion profundas. La dulzura, la piedad y el pudor animan estas páginas de la jóven tan ulcerada. Pasa sola, con madama Elisabeth, el invierno de 93-94 : « Nos tutearon mucho durante el invierno, dice. Despreciábamos todas las vejaciones, pero este último grado de grosería nos hacia ruborizar siempre á mi tia y á mí. » El momento más cruel para ella fué aquel en que, despues de la muerte de su padre, despues de la desaparicion de su madre y su tia, ignorando la suerte definitiva de estas dos cabezas tan queridas, en las semanas que precedian al 9 de termidor, oía de léjos á su hermano, presa ya de los corruptores y á quien el zapatero Simon hacia cantar las canciones más atroces :

« Por lo que hace á mí, dice, no pedia más que lo meramente necesario, y con frecuencia me lo rehusaban con rudeza. Pero á lo ménos nos cuidaba de estar limpia ; tenia jabon y agua y el cuarto lo barría diariamente ; ya habia acabado para las nueve, hora en que los guardianes entraban con el desayuno. No tenia luz ; pero en los días largos sentia ménos esta privacion. Ya no querian darme libros : sólo tenia algunos de devocion y viajes que habia leído mil veces. »

Por fin la Convencion se aplacó un tanto, despues del 9 de termidor : la opinion pública hizo oír su voz y la compasion osó murmurar. Uno de los comisarios encargados de visitar á la jóven Princesa en el Temple la ha representado en su actitud digna, enfermiza y enflaquecida ; sentada haciendo calceta junto á la ventana y léjos de la lumbre (pues no veía bastante para su trabajo cerca de la chimenea), con las manos hinchadas por el frio y llenas de sabañones (pues no le dejaban bastante leña para que pudiera calentarse á esa distancia). Esta fué la primera vez que le mostraron algunos miramientos y el deseo de dulcificar su suerte. Su primer movimiento fué permanecer incrédula, silenciosa, y rehusarse á ello. Á una pregunta que le hicie-

ron acerca de un piano que estaba en el cuarto y que se suponía podría distraerla : « No, señor, respondió, ese piano no es mío, es el de la reina : no he tocado en él y no tocaré. » Á otra pregunta sobre su biblioteca que se componía de la *Imitación de Jesucristo* y algunos libros de piedad, y que quizás era insuficiente para distraerla : « No, señor, respondió aun ; esos libros son precisamente los únicos que convienen á mi situación. »

El poco tiempo que trascurrió entre el 9 de termidor y la libertad de la Princesa en los últimos días del año 1795, fué el mismo en que una literatura enteramente realista intentó producirse en su derredor. Se escribieron para ella romances sentimentales que le cantaban de lejos, y cuyo refrán le advertía que tenía amigos que se interesaban ya por su suerte. Celebrábanse en ellos á la cabra y al perro que la habían dado hácia el fin de su cautividad, y que desde las ventanas vecinas se veían andar con ella en el huerto de la prision. La señora duquesa de Angulema ha sido ó podido ser el centro de toda una literatura contemporánea que pudiera seguirse por su huella, desde el romance de M. Lepitre, que se cantaba al pié de las murallas del Temple, hasta la novela de *Irma ó las Desgracias de una Joven Huérfana, historia indiana con romances*, publicada por madama Guenard el año VIII, y hasta la *Antígona* de Ballanche que corona más noblemente esa literatura alegórica y mitológica en 1814. Pero el rasgo distintivo de la señora duquesa de Angulema es el haber permanecido completamente extraña á esa invasion algo tardía de sentimentalismo público. Su honor consiste en no haber permitido en manera alguna que la literatura, la novela y el drama penetraran en el santuario de su dolor, cerrado para siempre. « No me gustan las escenas », dijo un día algo bruscamente á una mujer que en las Tullerías se echaba á sus piés, cuando pasaba, para darle las gracias por un beneficio. Eran muchas y muy horriblemente verdaderas las escenas que había visto, para que pudiera todavía soportar la imagen de ellas. La profunda sinceridad de su luto y de su aflicción filial tuvo en eso el mismo efecto que hubiera podido desear el gusto más ilustrado y severo. Toda esa

literatura más ó menos exaltada, y del gusto de madama Cottin, que se agitaba en derredor de la juventud de la Real Princesa, en nada la alcanzó evidentemente, y la relacion que trazó ella misma en 1795 de los acontecimientos del Temple sería la crítica de todas esas otras relaciones y de todos esos cuadros falsos de alrededor, si pudiera pensarse siquiera en compararlas. Dió prueba de gran buen sentido hasta en el extremo dolor.

Después de haber salido de Francia, en Viena, luego en Mittau donde la casaron con su primo, donde quiera, en los diversos destierros adonde la condujo la suerte, siempre es la misma : la vida del Temple está allí como en el fondo de su oratorio, para dominar cada uno de sus días y dictarle su empleo. Sumisa á su tío, en el cual ve á la vez un rey y un padre, no piensa más que en reunir todas sus religiones y practicarlas fielmente. Una de las escenas más tiernas y que ha contado muy bien uno de sus historiadores (M. Nettement), es la que tuvo lugar en Mittau, el mes de mayo de 1807, cuando quiso cuidar y asistir hasta el fin al abate Edgeworth de Firmont, á ese mismo sacerdote que había acompañado á Luis XVI hasta el patíbulo. Una fiebre contagiosa se había declarado entre los prisioneros franceses conducidos á Mittau, á consecuencia de los sucesos de la guerra. El abate Edgeworth había contraído, prodigándoles sus cuidados, la misma enfermedad, una especie de tífus ; y en estas circunstancias apuradas fué cuando la duquesa de Angulema nunca quiso abandonarle : « Cuanto menos conocimiento tenga de su posición, decía, más necesaria le es la presencia de una amiga... Nada me impedirá que cuide yo misma al abate Edgeworth ; no pido á nadie que me acompañe. » Quería, en cuanto le fuera posible, corresponder á los consuelos y auxilios que él había dispensado á Luis XVI moribundo. La señora duquesa de Angulema vivió y habitó continuamente en este orden de pensamientos sin dejarse distraer de ellos un solo día.

¿ Tuvo jamás la señora duquesa de Angulema un solo día dichoso desde su salida del Temple ? ¿ Hubo lugar jamás, en ese corazón que había sido saturado de agonía desde su tierna juventud, para

una alegría pura y verdadera? Difícil es, á pesar de todo, que no haya sentido como un manantial imprevisto de ella en los grandes momentos de 1814, en ese año que debia parecerle á cada paso enteramente lleno de prodigios y testimonios esplendentes de la Providencia. Sin embargo esa especie de embriaguez, caso de que experimentara algo de ella, no resistió á los acontecimientos de Burdeos y á esa nueva prueba tan amarga que hizo de la fragilidad y de la infidelidad humanas.

Hallábase, como se sabe, en esta ciudad cuando se recibió la noticia del desembarco de Napoleon en la Provenza (marzo de 1815). La señora duquesa de Angulema, obedeciendo al impulso de la sangre maternal, tuvo la idea de oponer resistencia, é hizo para organizar cuanto podia esperarse de un carácter noble y varonil. La opinion de la ciudad le era enteramente favorable y adicta; las tropas de la guarnicion eran las que parecian inciertas desde el momento que volvian á presentarse el águila y el gran capitán. Pero ella, aunque advertida por los generales, no podia creer fuera dudosa esa fidelidad, puesto que habia recibido la víspera misma de esos hombres, á quienes tenia por valientes, reiterados homenajes y juramentos. Los historiadores de la Restauracion han contado muy bien esas escenas en que figura le señora duquesa de Angulema, y todos contestes alaban su valor activo y su actitud. Recorrió los cuarteles, trató de electrizar á los soldados, les habló del honor, pero todo fué vano; encontraba los corazones cerrados y nuevamente poseidos por su antiguo afecto. Despues de apurados todos los esfuerzos y al punto de partir, volviéndose hácia los generales que la habian seguido, les dijo que al ménos contaba con ellos para garantir á los habitantes de toda reaccion: « ¡ Lo juramos! » exclamaron los generales levantando la mano. — No os pido juramentos, replicó ella con un ademán desdeñoso de lástima; bastantes se me han hecho ya, *no quiero más* (1). » Esta palabra altiva tenía derecho á decirla, pues ciertamente pocas perso-

(1) *Historia de las dos Restauraciones*, por M. de Vaulabelle.

nas han visto con su propios ojos hasta dónde puede llegar, segun los tiempos, la maldad ó la versatilidad de los hombres.

Mirabeau habia dicho de María Antonieta: « El rey no tiene más que un hombre, es su mujer. » La señora duquesa de Angulema mereció que Napoleon dijera algo parecido por su conducta en Burdeos. Estos elogios, aun en lo que tienen de algo exagerado, sirven de indicio de léjos y se consignan en la historia.

La segunda Restauracion no pudo inspirarle ningun entusiasmo; al volver á entrar en las Tullerías, veía allí á Fouché, á un regicida, de ministro del rey. Su política recta é inviolable no podia admitir un solo instante esas transacciones monstruosas que á la política misma le cuesta trabajo comprender y que seguramente no exigia. Desde este momento de 1815, ya no interviene la señora duquesa de Angulema en ningun acto político propiamente dicho, y toda su vida lo fué de familia y de interior.

He interrogado respecto de ella á hombres que la han tratado muy de cerca, y hé aquí lo que se me ha respondido. Cada dia se parecia para ella, excepto los dias fúnebres y señalados por los más dolorosos aniversarios. Se levantaba muy temprano, á las cinco y média por ejemplo; entre seis y siete oía misa dicha para ella sola. Se conjetura que comulgaba con frecuencia, pero no se la veía comulgar, como no fuera en las grandes festividades. Nada de solemne ni ningun aparato; ejecutaba el acto religioso con humildad enteramente cristiana y todas las cosas santas discreta y secretamente.

Vacaba muy temprano á los cuidados de su aposento y de su cuarto, en las Tullerías casi lo mismo que lo hacia en el Temple.

Jamas hablaba de las cosas tan penosas y desconsoladoras de su juventud sino á muy pocas personas de su intimidad. El 21 de enero y el 16 de octubre, dias de la muerte de su padre y de su madre, se encerraba sola, ó algunas veces hacia llamar, para que la ayudara á pasar estos dias crueles, alguna persona que estaba acorde con ella en el luto y la piedad (la difunta madama de Pastoret por ejemplo).

Era limosnera hasta un grado que se ignora y es difícil profun-

dizar; los que estaban más al corriente de sus caridades y sus buenas obras descubren todos los días algunas que salen como de debajo de la tierra y nunca se habían conocido. Era en eso de la verdadera línea directa de San Luis.

Su vida era la más regular y sencilla del mundo, sea en las Tullerías, sea después del destierro. La conversación de su casa era muy natural. En los momentos que dejaba de tregua la desgracia, se notaba que hubiera tenido fácilmente en el espíritu ó en el humor cierta alegría de que no tuvo que hacer sino muy poco uso. Pero en la intimidad, en los mejores días, solía llegar, ya que no á decir, al ménos á oír cosas bastante alegres. Cuando sabía que se hallaba en país seguro y amigo, no le espantaban ciertas chanzas, y cuando en los días de fiesta tenía que hacer representar piezas para su espectáculo, no escogía las más serias.

En fin, aun al través de las penas, sobrenadaba una especie de alegría como sucede á las almas austeras y probadas por el infortunio á quienes la religión ha guiado y consolado en todos tiempos.

La política no era cosa que la agradaba, y como tampoco tenía afición á los negocios, nadie se cuidaba de influir cerca de ella. Su política, que por sí misma hubiera sido sensata, se ajustaba toda en definitiva á los deseos del rey. Pensaba que cuando el rey quería decididamente alguna cosa, no era permitido resistir á ella, por muy buen realista que se fuera además. Los señores de Villèle y Corbière, oponiendo resistencia al rey, le disgustaban tanto como hubieran podido hacerlo los liberales mismos.

Era instruida en el género de instrucción de Luis XVI; leía libros de historia, de viaje, de moral y de religión. Si faltaba á estas lecturas lo que las hubiera vivificado en el sentido mundano y literario, en el sentido político y profano, si la inteligencia y la inspiración del nuevo siglo no penetraban en esos horizontes determinados, ¿puede nadie extrañarlo, ni quejarse ménos? ¿y no ganaba ella más de lo que perdía, por la fe constante y la estabilidad de la constancia hácia el lado del Cielo?

Las cartas que se han citado de ella, y probablemente todas las que ha escrito, son sencillas, sensatas, un poco secas en el fondo y no ofrecen nada de notable.

Se citan pocas palabras suyas; sin embargo, su corazón le hizo encontrar algunas. A propósito de la guerra de España, cuando supo la libertad del rey Fernando por el ejército francés, exclamó: « ¡Con que está probado que se puede salvar á un rey desgraciado! »

En su último destierro en Frohsdorf, habiéndola visitado el mes de diciembre de 1848 un viajero francés (M. Carlos Didier), este se arriesgó á decirle: « Señora, es imposible que no hayáis visto en la caída de Luis Felipe el dedo de Dios. » — « *Está en todo,* » respondió con sencillez y con ese tacto que proviene de la religión y del corazón.

Esa misma delicadeza moral fué la que, en su unión con el señor duque de Angulema, la hizo olvidar constantemente lo que podía haber en ella de desigual en ventaja suya. Tenía cuidado de dejarle siempre figurar en primera línea, delicadeza tanto más verdadera que no se sabe siquiera si tuvo conciencia de ella.

He dicho el orden de sentimientos en que es menester limitarse á buscarla y admirarla. No pidáis á esa alma, tempranamente ulcerada y despojada, ni coquetería de ingenio ni gracia ligera, pues habría considerado como una profanación y un sacrilegio la sola idea de hacer de su desgracia y de la de los suyos, de su virtud y del interés respetuoso que inspiraba, un medio de política, de triunfo y atractivo, aun en pro de lo que creía la buena causa. Se habría acusado de ello ante Dios, pues cuando venía á su memoria el recuerdo directo de los objetos caros que había perdido, no sabía más que cubrirse de luto, ocultarse llorando y sollozar.

Basta indicar esta augusta fisonomía que nadie está tentado de desconocer: solidez, buen sentido, bondad, cierto fondo de alegría, lo he dicho, perfecta sencillez, tales son los rasgos de que se componía esta naturaleza. La religión con la caridad ha puesto en ella el sello sublime. Ha tenido la religión más práctica, más natural y más extraña



á todo efecto sobre otro y á toda consideracion mundana. Jamas ha sido soportada de una manera más sencilla, cristiana y natural á la vez una gran desgracia.

La señora duquesa de Angulema murió en Frohsdorf el 19 de octubre de 1851, á la edad de setenta y tres años ménos dos meses, y á los veintiuno de su último destierro. Su precedente destierro habia durado diez y ocho años (sin contar los Cien Dias). Habia sido precedido de una prision en el Temple de más de tres años, y de una residencia forzosa de cerca de otros tres años en el seno de la sedicion. Ese es el cuadro de ese destino de dolor y de sacrificio, que la Antigüedad habria poetizado é idealizado en seguida, pero que no nos deja entrever á nosotros más que una belleza interior, medio encubierta, como cumple al cristianismo.

FIN.

## TABLA

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE LIBRO

	Páginas.
Margarita, reina de Navarra . . . . .	3
Maria Estuardo. . . . .	21
Madama de Motteville. . . . .	37
La duquesa de Montpensier . . . . .	57
Magdalena de Scudéry. . . . .	77
Madama Enriqueta, duquesa de Orleans. . . . .	97
Madama de Sévigné. . . . .	113
Madama de Maintenon. { I . . . . .	121
{ II. . . . .	141
Madama de Caylus . . . . .	157
La duquesa de Borgoña . . . . .	177
La duquesa de Maine . . . . .	191
Madama de Lambert . . . . .	211
Madama Necker. . . . .	231
Madama Geoffrin . . . . .	251
María Antonieta. . . . .	271
Goethe y Bettina . . . . .	285
Madama Recamier . . . . .	305
Madama Emilio de Girardin . . . . .	321
Madama de Tracy . . . . .	341
Eugenia de Guerin . . . . .	361
La duquesa de Angulema . . . . .	377